

Título: Primeros españoles en Camichingonia
o: La leyenda de "Tras la Sierra".

El Paraíso Terrenal de "Tras la Sierra".

(1) En una época, no muy lejana, en que la planta europea no había hollado todavía estas risueñas tierras de la Chamama, allá al Poniente de la abrupta sierra que hoy llamamos de Comechingones, y ellos llamaban del Charava, o sea, del gran Señor, existió un pueblo activo y numeroso, que en cien aldeas repartido, vivía feliz con sus chacaras y sus algarrobales, sus llamas y vicuñas de lana suave, ciervos, guasunchos y ñanduces y otras mil especies de animales, que poblaban sus sierras, sus valles, sus lagos y sus gramíneas.

(2) Y allá, donde terminan por el Sur, sus alegres y boscosas serruzuelas, lindando con la pampa inmensa y misteriosa, que ellos llamaban Trapalanda, sobre las agrestes márgenes del Conlara, deslizaban su vida pacífica y feliz los habitantes de la urbe alalanchay, que gobernaba magnánimo y paternal, el gran Curaca de los Auletas, ^{Lingulo} ~~que~~ extendía sus dominios desde el valle de Conlara, sierra arriba hacia el Poniente, donde los sagrados cerros que rodean al alaray y Cañada Honda, les proporcionaban el buen metal amarillo que ellos emplearon

aparte

No pudieron estos buenos hijos
de la Pachamama

5 en fabricar sus utensilios y sus armas, ~~sin~~ sospechar que
de allende la inmensidad del mar vendrían los
cruels hombres blancos, raticinados por el Hado de
los Incas, buscando precisamente ese brillante me- (5)
tal amarillo, al que asignaban un tan alto valor.

En la Corte del gran Curaca Tungulo.

Vivian muy felices los laboriosos auletas bajo la
esp. égida del buen Tungulo, en esta época en que debía
realizarse el viejo y funesto raticinio.

Tanto se habian multiplicado sus familias, que al
desdoblarse las parcialidades, eran ya numerosas
las aldeas que tendian el verde tapis de sus cha-
caras, en los vallecitos y cañadas de una exten-
sa region, allí donde fue posible establecer un
regadio y se fueron agrandando sus innumerables
corrales de piedra, donde encerraban por la noche
a sus mansas y serviciales llamas.

Malanchay fue su Capital y no muy lejos nos
traban sus techumbres amarillas, los rancherios
de Caminta, Malara y Malaranta; algo mas lejos,
mostraban sus risueñas siluetas, enjorando vallecitos
y colinas, los poblados de Balan, Calcalara, fue

Tasiqui,
Calpista, Caya, Concho, Cosnata, Cumblaen, Laga-
naure, hasta cancara, Loanqui, Malayo, Oca, Ochu-
ma, Quelin, Quichivira, Zacala, Zimbaha, Uspara
y tantos otros, con sus respectivos curacas y capita-
nejos, que rendian homenaje al gran cacique del
valle de Conlara y le enviaban sus vistosas con-
tivas y presentes en los dias de la Luna nueva.
I era entonces que, despues de saludar con grandes
aclamaciones la delgada silueta de la diosa de
la noche, se encendian las antorchas y el pue-
blo se movia cuesta arriba, por la senda que
bordeaba la Cordillera de los Apóstoles y en larga
procesion, al son de cánticos y charangos, mar-
chaban la noche entera en demanda del Cerro
sagrado, llamado Sololasta, en cuya gruta ornada de
antiguos y simbólicos dibujos, se instalaba el gran Cu-
naca, laicas, amantes y caciques, esperando a
que el Sol naciente tuviera con sus rosados rayos
la cumbre del lejano Champraqui, totem protec-
tor de todos los pueblos que vivian al Poniente de
la abrupta sierra del Charava.

I fué una madrugada, de aquel Otoño que se inicio

con raras luces en el cielo, que estando allí reunidos cien curacas, tembló el poderoso Champaqú con sordo trueno y un rato después llegaron en rauda vuelo, sin mover las alas, dos gigantesos y negros cóndores, que en vertiginoso giro contornearon al orguido Sololasta, para retornar después por la misma línea que traieran.

Fueron mudos testigos del prodigio, además del pueblo reunido al pie del cerro, la corte real que en la gruta oraba: el gran Tungulo, Caminta naure, Ulpan, Chagapanta, Chinchira, Farcacuy, Chusacay, Paysano, Falafra, Paga:chama, Kaleyuta, Chuma, Socmo, Argampil, Sultara, Cúrcay, Telcalen, Guanchilmay, Guayo, Chinari, Sanguatay, Jampicanta, Cayanaure, Lobaquí, Linlin, Simso, Tocumta, Falcara, Cuninga, Cosla navira, Cheque naure y muchos^{mas}, que escucharon aterrados el raticinio que el laica Ulpan dijera a grandes voces: "poderosos extranjeros llegan del Paciente, ellos causa serán de grandes males".

Silenciosamente descendió la comitiva desde el

sagrado cerro, tomando agoviada la senda que conducía a Melauchay, mientras el viento frío que llegó del sur, agitaba los altos penachos de ~~plumas~~ vistosas plumas.

De Oriente llega el mensaje -

En el atardecer de aquel corto y frío día torral, cuando todavía el cansancio de la larga y agitada ceremonia, mantenía en los ranchos a la gente, ~~que~~ escuchose el clamor que acompañaba al rápido chasqui que de Uspara traía el mensajero, que otros chasquis trotadores trajeron de allende la alta sierra del Charava; a grandes voces transmitía las palabras que gravó en su mente, mientras corría por la larga calle de Melauchay, hacia la colina donde se alzaba el rancho de Tungulo: "veinte supayas que dominan ^{el trueno y} el rayo, vienen remontando el Carcarañal".

Grande fue el alboroto en el ranchario, mientras los quevereros y el chusmaje, reunidos al pie de la colina del Curaca, comentaban la noticia que sin lugar a dudas constituía la certificación del raticinio que al amanecer hiciera el blaica

Ulpan en el Sololasta.

Pocas explicaciones pudieron agregar el cherqui y los amautas. El mensaje venia de muy lejos en la forma concisa y concreta en que lo despachó el amauta de Calamochita, o talvez de más al Oriente, que vio a los extraños viajeros y quiso anunciarlos al gran soberano de Occidente.

Pero habia en sus palabras dos conceptos que causaban espanto a aquellas gentes sencillas y supersticiosas: se trataba de diablos y dominaban el rayo. Por algo fueron dos los condones negros que lo anticiparon.

Españoles remontando el Caracarañal.

Del Fuerte ~~de~~ ^{que} Sebastian Gaboto levantara en la ribera del majestuoso Paraná, habian salido estos audaces guerreros españoles que, desde hacia unos diez dias, venian costeano tierra adentro, la margen norte del Caracarañal, cuando fueron avistados por el curaca calamochitano que envió a Tungulo la tremenda noticia.

Los nómades cazadores de la gran llanura cubierta de grandes pajonales, lagunones y juncos,

huían desfavoridos ante la inusitada aparición de tan extraños guerreros, que eran poseedores del trueno y del rayo con que abatían venados a distancia increíble.

Pero al acercarse a las sierras, donde los camiares de vida sedentaria, reunidos en aldeas se dedicaban a las tranquilas tareas de la agricultura, cambió totalmente la forma del recibimiento. Y así ellos fueron aceptados como divinos huéspedes, no faltándoles ahora casa ni comida, pudiendo disfrutar de la delicia hogareña de indios tan hospitalarios.

Por ellos supieron que allá hacia el Poniente, traspuertas que fueran unas serranías, encontrarían una gran nación de numerosos pueblos, que empleaban en ~~sus~~ utensilios domésticos, el metal amarillo que el Capitán les mostraba en su hermoso anillo.

Don Francisco César era el que mandaba, alto mocetón de fornido cuerpo, cuya barba negra y ~~su~~ tez bronceada, hacían

hermoso juego con el penacho blanco del casco de acero.

Vestidos de acero venían estos hombres lacados de tupidas barbas, espadas, puñales, gruesos arcabuces y escudos metálicos, que eran asombrosos, ante las ingenuas armas de piedras y cañas de los humildes indígenas de la tierra ^{indiana} ~~argentina~~.

Cruzando la sierra -

Un atardecer, después de fatigosa jornada, en que fueron ayudados por serviciales guías de Calamochita, culminaron la abrupta sierra del Charava.

Al pie de la sierra se extendía un inmenso y pintoresco valle, corriendo hacia el Norte hasta perderse en la bruma y confundiéndose hacia el Sur con la ilimitada llanura amarillenta, que los guías indígenas llamaban pampa y Frafalanda.

Al frente, cerrando el horizonte del Poniente, alzabase el terreno en escalonadas terrazas, con lomas arboladas, quebradas, aislados ce

ros de bizarra silueta y serpenteantes rios y arroyos que brillaban como hilos de plata con las ultimas luces del que fué un alegre y soleado dia otoñal.

Allá, al pie de las primeras serranías del Poniente, que los indios llamaban Pina camche, podian apenas vislumbrarse las alegres aldehuelas de la nacion auleta.

De pronto y como brotados de las entrañas pretreas de los peñaseos vecinos, cien guerreros indios avanzaron cerrando un círculo y blandiendo lanzas de caña con mohavros de agudas piedras blancas. Al frente avanzaba con resuelta actitud un gigante de piel morena y poblada barba negra. Un ajustado camison de lana de vicuña, llegábele hasta las rodillas, ceñida la cintura por ancho cinto de piel de tigre, cortas y anchas las mangas primorosamente labradas con bordados de colores vivos, dejaban^{ron} los herculeos y largos brazos del guerrero. Sus ~~largos~~^{tupidos}, gruesos y muy ne-

gros cabellos, ceñidos de frente a nuca, por
ancha vincha multicolor, ^{que} sostenían al
frente, tres soberbias plumas de cóndor.

Al llegar a cincuenta pasos del sorpren-
dido grupo, con amplio ademán hizo dete-
ner sus hombres, mientras con voz firme
y fuerte habló en su lengua camiare.

Contestóle el jefe de los guías y al pa-
recer causóle buena impresión lo que de-
cía, pues habló pausadamente a sus
quevereros, que pusieron la punta de sus
lanzas ^{hacia} el suelo.

Entonces, César y sus hombres dejaron
en el suelo su armamento y César avan-
zó hacia el jefe indio con sus brazos
abiertos, ademán que imitó el auleta
y así llegaron a estrechar sus manos,
en manifiesta amistad, entre las ale-
gres exclamaciones de ambos bandos.

Laleyuta! gritó el indio, golpeándose
el pecho con el puño izquierdo, mien-
tras su diestra señalaba el lejano ran-

cherio que estaba al pie de la serranía del Oriente, que él también nombró como Pina camche y Camche auleta, agregando los nombres de Afalanchay y Jungulo naure.

El jefe de los guías dió a entender que debían iniciar el descenso de la sierra y luego de levantar las armas, se internaron entre freñascos y quebradas, por la serpenteante senda india que los llevó hasta Uspara, ya entrada la noche y cuando la luna nueva se ocultaba tras la Pina camche.

En viaje a
Pina camche

El recibimiento en Afalanchay.

Aquella noche durmieron los hispanos en Uspara en el rancho del cacique Anchancay. Muy de madrugada emprendieron la marcha por la ancha y bien cuidada senda que, se dirigía hacia el Oriente, dejando a la izquierda la boscosa serruquela de Galan y cruzaba el ancho valle de Concaran, que ellos habían admirado desde la cumbre del Charava.

Una tropilla de llamas cargueras, vistosamente arnesadas, había hecho adelantar Aunchancay, llevando obsequios al gran Curaca y el magro equipaje de los hispanos.

En las aldehuelas del camino se habían agrupado las familias para ver pasar estos extraordinarios extranjeros y los hispanos pudieron admirar en regas y cañadones, las acequias de regadío y los maizales ya cosechados, cuyo fruto estaba almacenado en bien construidas trojes, que los guías llamaban piruas.

Pero la admiración de los viajeros se vio colmada al acercarse a Aunchancay en el atardecer de aquel día. Aldeas muy cercanas unas de otras, con sus grandes ranchos semi-enterrados, con el piso una vara más bajo que el terreno vecino, mostraban sus techumbres pajizas que parecían emerger del suelo, casas grandes con cercos de tinajas y corrales de piedra donde las llamas en postura erguida, parecían estatuas más que bestias vivas.

Aquí las trojes de mayor tamaño, colmadas de ma,

forcas de maiz, eran comunales y estaban agrupadas dentro de cerco de piedra. Tambien habia aqui corrales mas grandes con mucha cantidad de llamas, que eran ^{tambien} comunales.

Reclutamiento
en apalanchas

Una sola calle tenian estos pueblos, ancha y bien cuidada, servia ahora para contener la gran muchedumbre de hombres y mujeres e incontables niños, que habianse congregado desde muy temprano para presenciar la llegada de estos maravillosos extranjeros, venidos de otro mundo.

Era muy vistoso el atavio de hombres y mujeres, con sus camirones hasta la rodilla, sus cintos de cuero, que hacian lindo juego con sus delantales de cuero labrado y pintados de colores vivos. La ropa bordada en la abertura del cuello, bocamangas y ruedo, era realmente hermosa y la completaban con adornos de pequeños discos de concha y de hueso y en los mas lujosos con cuentitas de oro.

Era una exageración el arreglo del peinado de hombres y mujeres, con vistosas vinchas, adornos de pluma y tambien metálicos. T

Los españoles quedaron prendados de las lindas morenas que sobresalían en la concurrencia, comentando entre ellos la gran diferencia que había entre esta gente, tan limpia, ordenada y bien vestida, comparándola con los cazadores que habían visto en la llanura y en el litoral.

Y así en medio de sus alegres comentarios, fueron sorprendidos por el alto brusco que la comitiva hizo delante de la arbolada colina, a cuyo pie un escuadrón de guerreros ^{de} frenachos negros, armados de lanza, guardaban la entrada de un cerco de talos, tunas y cardones, con refuerzo de muretes de piedra bien paramentada.

Sobre la colina destacábase los techos fajizos de grandes construcciones y formando adelante un compacto grupo, guerreros barbudos, lujosamente ataviados, armados de lanzas con moharras de oro. En el centro el hombre que parecía ser un rey, con su vincha de oro y pectoral labrado, que también pare

cia ser de oro macizo.

De pie en el portal de abajo, el gigante Calayuta golpeó tres veces el suelo con el regatón de su fuerte lanza y con ~~fuerte~~ ^{potente} voz, muy solemnemente, mirando a Francisco César nombró al gran Curaca: Tungulo nawre!

Fue en el atardecer de este tibio día otoñal, en el momento en que el sagrado Tuti, ocultaba su rojiza faz tras las altas cumbres de Pina canche, que estrecharon sus manos el anciano gran jefe de estas serranías y el joven capitán hispano.